

Los recuentos inútiles

Sobre el cuento español contemporáneo

Medardo Fraile

Medardo Fraile, uno de los máximos representantes del cuento español contemporáneo, realiza una breve síntesis de lo que ha supuesto esta técnica narrativa en los años centrales de nuestro siglo. Aboga por una «campaña» definitiva de la que se siga una política editorial seria y específica para el cuento, tan denostado y mal entendido -como género literario- por el lector y el editor.

Dos estímulos han motivado este artículo. El número de *República de las Letras* que estudia «la situación» de novela y cuento en España, y la dedicatoria de un libro de Antonio Pereira, que acabo de recibir: «A Medardo Fraile, que además de escribir cuentos espléndidos, "hace campaña"» ⁽¹⁾. Supongo que Pereira se refiere a mi antología en «Cátedra» y a un artículo mío en *Ínsula*, ambos recientes ⁽²⁾.

Volvamos atrás para llegar al principio. En 1954, un profesor joven que quería hacer «algo» -y querer hacer «algo» ya es de admirar en nuestro país- asumió la edición de mi primer libro de cuentos; cuentos que habían sido publicados antes en *La Hora*, *Alcalá*, *Clavileño*, *Revista Española*, *Ateneo*, *Correo Literario*, *Cuadernos Hispanoamericanos* y alguna otra revista.

Tras idear un título que los cobijase, *Cuentos con algún amor -algún no significaba un poco, sino alguna clase de amor-* ⁽³⁾, con aquellos relatos sobre mi mesa, que habían tenido éxito como cuentos, me pareció lo más honrado del mundo plantearme «a posteriori», y a manera de prólogo, lo que era un cuento y, sobre todo, lo que era un cuento para mí, por si mis polluelos, que tanto habían sorprendido al salir uno a uno, encontraban, al agruparse, a algún cazador sesudo presto a matarlos porque le

parecían distintos a los que piaban en el corral de su abuela.

Mis lecturas, en general, eran constantes, pero las de cuentos, escasas, y aludo a esto por concesión a supuestos más fabricados que reales, porque el escritor joven de talento es, o puede ser, adánico, tiene sus ojos por lazarillo seguro, el mundo entero para pensarlo y sentirlo y el instinto de crear un mapa intrincado de tachaduras indefectibles en cada folio. Y el incrédulo de ese misterio no sabe nada de nada. De aquel tiempo, «que no es época fija» -como diría Güiraldes-, perduran en mi memoria *Los frutos ácidos*, del cubano Hernández Catá (un libro espléndido); cuentos de varios libros de Catherine Mansfield, que fueron para mí una revelación: *En la bahía. Fiesta en el jardín y Las hijas del difunto coronel*; y algunos relatos de William Saroyan, que me parecieron entonces atractivos, fáciles de leer, pero más diluidos de la cuenta donde no tenían que serlo. No sé si debería añadir mis primeros contactos con Andreiev y Chejov, o fueron poco después. Empecé así mi prólogo: «No sé lo que es un cuento». Y, a continuación, expuse en pocas palabras lo que me parecía que era El lector interesado encontrará ese y otros prólogos en una breve antología de mis cuentos titulada *Ejemplario* ⁽⁴⁾.

Creo que sólo dos críticos dejaron de mencionar aquella introducción en sus reseñas. Parecían inspirados y hasta fascinados por ella, y sospecho que a más de uno le ayudó a pensar en el cuento de otra forma. Mis cuentos eran nuevos y mi concepción del género también. Una escritora joven, muy dada a seguir pautas con talento, solía decir a sus amigos: «No son cuentos: son otra cosa»: eran cuentos originales, sin resonancias ni escuela, que no bebían en el noventa y ocho ni adiestraban a su autor para novelista, cuya intensidad y emoción rebasaba el número de sus páginas y cuya anécdota era muy difícil de contar después. Y, sin embargo, allí estaba. Su creador -como dijo un crítico más tarde- «es el cuentista único que sabe sacar su grandeza pudorosa a la verdad más insignificante, a la más vulgar» ⁽⁵⁾.

Esa fue mi primera «campaña» por el cuento, cuando los escribíamos, casi en solitario, García Pavón, Ana María Matute, Aldecoa y yo y algunos señores de más edad que nosotros: Samuel Ros -muerto en 1945- ⁽⁶⁾, José María Sánchez Silva, Tomás Borrás, Cela... Poco después, inserté ese prólogo en un artículo que apareció en *Informaciones*:

El cuento y su categoría literaria ⁽⁷⁾, donde se removían tópicos y se hacían preguntas extraordinariamente sensatas que servirían de ayuda -supongo- a unos pocos. La «campaña» continuó en otros prólogos encabezando libros sucesivos, de los cuales el tercero -de *Cuentos de Verdad*- y el cuarto -de *Descubridor de nada y otros cuentos*- también hicieron camino y fortuna ⁽⁸⁾.

En 1957, pasé a formar parte de la redacción de *Ágora* como subdirector y en aquella

esmerada revista, que se mantuvo a la cabeza de las publicaciones privadas hasta 1964, abrí una sección para los narradores en la que aparecieron 23 cuentos de 18 autores.

En 1964, me fui a Inglaterra dejando atrás mi nombre cimentado -aunque en suelo arenoso-, y un plantel admirable y nutrido de cuentistas del que cualquier país de la Tierra se sentiría orgulloso. Yo lo estaba y, desde las universidades foráneas donde impartía mis clases -primero Southampton y luego Strathclyde (Glasgow)-, salí por aquel mundo y otros mundos -Francia, Suiza, Estados Unidos, Canadá-, a dar a conocer el Cuento español contemporáneo como, sin duda alguna, merecía. Y dos largos artículos míos sobre el tema aparecieron en las revistas hispanófilas de las universidades de Toulouse y Nanterre (París X), amén de otras colaboraciones de menor cuantía en diarios españoles⁽⁹⁾. Los editores extranjeros se prestaban a divulgar

el cuento español y una o varias antologías aparecieron, que yo sepa, en Francia, Inglaterra, Suiza, Alemania (Este y Oeste), Italia, Polonia, Bulgaria, Estados Unidos, Argentina y Venezuela



Pero la memoria española es callejera, voluble, discontinua, cafeteril, de éste me dijo y aquél me contó, y no se mejora o refuerza con amor a lo nuestro, ni investigación, ni lecturas, ni respeto, ni afán de verdad. Una memoria así no retiene nada que valga la pena más de unos treinta años, en el mejor de los casos. Y, después, el apagón. Se me ha ocurrido a veces que, sobre España, todo lo bueno y malo por decir está dicho, redicho y repetido hasta la saciedad, mejor y peor, y lo único por conseguir es que los españoles (y sus gobiernos) se enteren y lo pongan de una vez en práctica. Los españoles

tenemos el privilegio, único en Europa, de contar con una culpable ilustre para todo: España. ¡Lástima que España seamos el conjunto de los españoles, uno por uno! Es un fallo que no le perdonaremos jamás.

¿Qué ocurría aquí? En España, los Garibaldis de turno estaban arrinconando el cuento nacional y alzando con histerismo desahogado y culpable el cuento -no menos bueno en Rulfo, Borges, Quiroga, etc.- de dieciocho y pico países hispanoamericanos. Nada nuevo entre nosotros, arriba y abajo. Durante la Guerra Civil del 36, el único invitado a cenar en mi casa una noche fue un inglés de las Brigadas Internacionales que no hablaba español.

Las nuevas generaciones se preparaban, en el vacío y en plena ingenuidad, a lamentar

la situación del cuento -que desconocían-, y comenzaban a ilusionarse «poniéndolo de moda». Más o menos cualquiera, con sólo ser joven y llevar un pendiente o una sortija de más, tenía a su disposición páginas de periódico, y hasta de editor, y se imitaba a destajo -comienzo falso- a cualquier narrador de nombre que fuera impronunciable: Bobbie Ann Mason, Raymond Carver, Ann Beattie, David Leavitt... Lo mismo (sin la imitación) me había ocurrido a mí 36 años antes: Catherine Mansfield, William Saroyan y un cubano. ¿Es que no mencionamos lo nuestro por sabido? Porque yo había leído también relatos de Ramón, *El libro de Sigüenza*, de Miró, *El Conde Lucanor*, algunos Cuentos de Pedro Antonio de Alarcón y la Pardo Bazán y no dejaba escapar un solo cuento de los muchos, nacionales y extranjeros, que salían en el diario Arriba, aglutinador del mejor grupo de escritores de la inmediata Posguerra... Así que el cuento está de moda. El cuento no está de moda. El cuento se agosta. El cuento renace. ¿Qué es el cuento?

Comienzan a sonar nombres nuevos (Luis Fernández Rocas, Julia Ibarra, Elena Santiago, José Ferrer-Bermejo, José María Merino, Juan Eduardo Zúñiga, Soledad Puértolas...), mientras se vuelven confusos, o se borran, nombres ya hechos (por eludir «consagrados»), que alguien saca de un archivo una vez al mes y, en plena rutina, alista con otros nombres cuando se habla del cuento, como si se tratara de una relación de caídos que optaron por la parálisis, misteriosamente, alrededor de los cincuenta años. Si algún joven es consecuente y lógico y se acerca a una librería a preguntar por libros de estos autores, es posible que descubra lo poco que le sirve la lógica para andar por casa.

Pero extrañarse, ¿por qué? Entre nosotros, casi todo es Historia antes de ser y a esa «edad de oro del cuento contemporáneo español» -según acaba de escribir un crítico-⁽¹⁰⁾, le ha ocurrido lo que era de esperar: la han cortado de cuajo y, con los autores vivos y coleando, la han convertido en Historia tergiversada, borrosa y mal aprendida. Por todo ello sabréis que el cuento era español.

La narrativa breve, sin embargo, no ha carecido nunca de entusiastas, tal vez por afán de airear y remover los nombres de sus cultivadores, nunca muy famosos, salvo los que también hacen novela, y por dejar pública constancia de que el cuento existe.

En el décimo aniversario de la Asociación Colegial de Escritores de España, se organizó un ciclo sobre «la situación de las letras españolas», cuyas ponencias han sido recogidas más tarde en el órgano de la Asociación, *República de las Letras*⁽¹¹⁾.

Doce escritores, hombres y mujeres, de Elena Soriano, nacida en 1911, a Soledad Puértolas, nacida en 1947, expresan sus ideas, angustias, esperanzas, preferencias y repudios sobre el cuento. Unos hablan de «la situación» y otros indagan, brevemente,

lo que el cuento es.

Uno de los participantes -dicho sea muy de paso- me cuelga una definición del cuento que jamás he hecho y, lo que aún es peor, no podría hacer jamás: «El cuento es una novela en la que se ahorra papel»... El mismo lo describe en guisa peregrina: «El cuento es el hallazgo de lo que hay que juntar» (¿Una tuerca y un tornillo?)⁽¹²⁾.

Si repasamos las conferencias una por una, nos sorprende su actitud defensiva o de malestar: «Me interesa el cuento, escribo buenos cuentos, pero tengo que seguir luchando para que se sepa por qué lo hago, quién soy; para que los publiquen o, por lo menos, los premien. Estoy harto de hablar del cuento sin que nada cambie y lo único que uno pide es que le dejen en paz. Sólo editan los cuentos de los que, además, hacen novela» Para alguno, la situación del cuento, sin merecerlo, no puede ser peor; otros se callan o creen que la situación es pasable, aunque no boyante.

Antonio Martínez-Menchén, oportunamente, saca a relucir la definición de *cuentista* en el Diccionario de la R.A.E. Primera acepción: «Persona que tiene la mala costumbre de llevar cuentos, chismes o embustes de una parte a otra». Tercera: «Persona que, por vanidad u otro motivo semejante, exagera o falsea la realidad». Y concluye: «Creo que estas dos definiciones -que, de otra parte, tan sólo recogen el sentido popular que se da al término cuentista- expresan con toda exactitud la valoración que el cuento tiene entre nosotros»⁽¹³⁾. Martínez-Menchén no cita el año, pero en la decimoctava edición (1956), la acepción segunda -menos mal- es: «Persona que suele narrar o escribir cuentos».

Para evitar el sambenito negativo, jocosos o confusos de cuentista (cuento infantil, cuento popular, cuento literario), Fernando Quiñones aboga por la desaparición de cuento y cuentista, cambiándolos por narración o relato y narrador. Cinco escritores de cuentos, uno con «impaciente molestan», rechazan la propuesta de Quiñones -que a nosotros no nos parece mal-⁽¹⁴⁾, quizá por preferir la imposición a la retirada, o por razones tradicionales.

Antonio Ferres rehúsa opinar, con ingenio⁽¹⁵⁾, y Ángel Palomino apunta con brevedad, acierto y gracia lo que diferencia al cuento de la poesía y la novela, y la condición, para él ineludible, de contar⁽¹⁶⁾.

Pero creo que son Jorge Ferrer-Vidal y Víctor Alperi los que exponen con mayor acierto «la situación» del cuento. Para el primero, «nuestra sociedad sigue siendo en gran medida peligrosamente analfabeto, pues no existe analfabetismo más radical y empecinado que el de aquellos que saben leer y escribir». El cuento «es aún para el noventa por ciento de los españoles cosa de niños». «Perezosos son [...] nuestros

analfabetos que saben leer y escribir. Y perezosos e inertes [...] son también aquellos que debieran guiar los gustos del ciudadano medio en materia literaria, es decir, editores y críticos: unos editores sin preparación ni inquietud cultural [...] y unos críticos a la violeta, inmersos en el magma viscoso del amiguismo, del dogmatismo irracional y de una fabulosa incultura, subyacente bajo el esnobismo de la peor índole, excepciones excluidas y sin distinción de ideología ni de sexo»⁽¹⁷⁾.

Aleperi declara que «estamos a la cola de Europa en número de lectores, detrás, incluso, de Portugal». Y que la crisis no es del género, «sino del lector y del editor»⁽¹⁸⁾.

Lamentándolo, por supuesto, no tengo más remedio que estar, «excepciones excluidas», de acuerdo con ellos. En un artículo de hace poco sobre el mismo tema, echaba yo de menos «una gran política de educación nacional, disciplinada, generosa, entusiasta, controlada, estable...»⁽¹⁹⁾.

Asombra el planteamiento del ciclo en lo que se refiere al cuento: sólo con escritores. Hubiera sido lógico que todos y cada uno de ellos cantaran al unísono la buena salud y excelencias del cuento nacional, porque la postración y mala venta del género no tiene mucho que ver con ellos, sino con otros individuos que no estaban allí. Si quería indagarse, en realidad, «la situación» del cuento, no había que oír a los benefactores, sino a los culpables: editores, críticos, distribuidores, lectores... y del coloquio, sí, se encargarían luego los escritores.



Planteado así, no extraña que seis o siete narradores se ocuparan más de airear, a golpes de intuición, lo que es un cuento para ellos que de «la situación». Los de mejor tino, a mi juicio, son Alfonso Martínez-Mena. Ángel Palomino, Soledad Puértolas y Jorge Ferrer-Vidal.

Soledad Puértolas, felizmente, coincide en algunos puntos con el prólogo que escribí a mis *Cuentos de Verdad* (1964). Dice ella: «El cuento, además, trata de una verdad». «El cuento lleva el germen de algo y cuando acaba, no se acaba». «Cuando el cuento concluye, sabemos algo más de lo que sabíamos al principio, sepamos o no formularlo»⁽²⁰⁾. Decía yo: «Cuentos de Verdad. Por este nombre los conoceréis a todos y cada uno, porque no creo que en la verdad nos fallen». «Si algo seguro caracteriza a los cuentos de hoy es [...] su verdad». «No ayudan a soñar, sino a realizar». «No acaban cuando acaba el cuento, sino cuando acaba el hombre...»⁽²¹⁾.

Ferrer-Vidal relata su encuentro con Sean O'Faolain y traduce el prólogo de los Cuentos

Completos del irlandés, que estaban para salir cuando él le conoció. En escritor que tan bien ha analizado el cuento -léase su libro *The Short Story*-⁽²²⁾, nos chocan sus calas impresionistas: «En mi opinión, un cuento [...] es algo así como la cometa de un niño, es decir, una pequeña maravilla, un destello breve y luminoso»⁽²³⁾. Etc. Pero Ferrer-Vidal, de su cosecha, apunta lo más interesante sobre el cuento de todo el ciclo: el alto contenido tautológico de su lenguaje⁽²⁴⁾. Dando unas conferencias en el Vassar College (Poughkeepsie), me invitaron a asistir al comentario de un cuento mío en una clase. El cuento, *Ojos inquietos*⁽²⁵⁾, narra, a través de una tarde de sábado, la insatisfacción sorda de una mujer casada inmersa en una vida sin escape, rutinaria, anodina. Escuchando el análisis del profesor y los alumnos, me hicieron ver la frecuencia de las puertas en el cuento y cómo se alineaban, tautológicamente, con el tema...

No han faltado campeadores ni «campañas» a! servicio del cuento español que ignoran a medias las nuevas generaciones: Mariano Baquero Goyanes, gran estudioso y crítico del género⁽²⁶⁾, Erna Brandenberger y sus antologías y divulgadísima tesis doctoral⁽²⁷⁾,



Gaspar Gómez de la Serna⁽²⁸⁾, Francisco García Pavón, Jesús Fernández Santos, Luis Ponce de León, Enrique Anderson Beneyto, Rodrigo Rubio, Josefina Rodríguez de Aldecoa, Carlos Arce, Tomás Cruz, creador de los premios «Sésamo»; Enrique Badosa, Esteban Padrós de Palacios, Martín Garriga Roca y Manuel Carreras Roca, creadores del premio «Leopoldo Alas»; Miguel Allué Escudero, creador de los premios «Hucha de Oro»; Gustavo Domínguez, José María Martínez Cachero, Santos Sanz Villanueva, José Luis González, José Luis Martín Nogales, José María Montelles, Isabel Paraíso, Oscar Barrero Pérez, etc.

Pero falta una «campaña» definitiva. Según Martínez-Mena, «nunca ha habido tanto concurso de cuentos y de tales cuantías como ahora, aunque tampoco menos publicaciones dispuestas a recogerlos, ni menos editores dispuestos a editarlos»⁽²⁹⁾. ¿Por qué no barrer de la circulación taifas de premios irrelevantes, que convierten el género en barraca de feria, y aunar caudales -que los hay- para una política editorial! seria y privativa del cuento, entremezclando, si se quiere, autores extranjeros, con buena propaganda y buena distribución?

Una pregunta más en este recuento inútil, o farsa del cuento que no se podía contar, o torre de Babel, o discurso sin nadie.

NOTAS

1. *República de las Letras*, revista de la Asociación Colegial de Escritores, número dedicado a «La situación de las letras españolas». Madrid. n. 22 julio, 1988. Y Antonio PEREIRA. *Cuentos para lectores cómplices*, Madrid. Col. Austral. Espasa Calpe, 1989. Introducción de Ricardo Gullón.
2. *Cuento Español de Posguerra*, Madrid. Cátedra. Col. Letras Hispánicas. n. 252. 2.ª ed., 1988. Y «¿El resurgir del cuento?», en *Ínsula*, Madrid, n. 512-513. agosto-septiembre. 1989. p. 10.
3. *Cuentos con algún amor*, Madrid. Col. Juglaría. n. 2 selección de textos de José María Cabezalí; portada de Enrique Núñez Castelo: dibujos de José G. Ortega.
4. *Ejemplario*. Madrid. Col. Novelas y Cuentos. E.M.E.S.A . n. 244, 1979.
5. SÁINZ DE ROBLES. J. C. «Crítica a Cuentos de Verdad», en el diario Madrid, 25 de abril, 1964.
6. Vid. mi libro *Samuel Ros (1904-1945). Hacia una generación sin crítica*. Madrid. Col. El Soto. Editorial Prensa Española, 1972.
7. «El cuento y su categoría literaria», en *Informaciones*. Madrid. 20 de octubre. 1955.
8. *Cuentos de Verdad*. Madrid. Editora Nacional, 1964. Fue Premio de la Crítica en 1965.
9. «Panorama del cuento contemporáneo en España», Toulouse, Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien, *Caravelle*, 17, 1971. pp. 169 a 185. Y «Guía del Cuento Contemporáneo en España». Université de Paris X, *Cahiers de Poétique et de Poésie Iberique et Latino Américaine*, n. 2, junio, 1976, páginas 18-39.
10. BARRERO PÉREZ. O., *El Cuento Español 1940-1980*, Madrid. Castalia Didáctica, 1989, pp. 20-21.
11. Vid. nota 1.
12. Pp. 67 y 68.
13. P.81.
14. P.87.
15. P.79.

16. Pp. 103,104, 106.
17. Pp. 76 y 77.
18. P. 99.
19. Artículo en *Ínsula*. Vid. nota 2.
20. P. 108.
21. Cuentos de Verdad, pp. XIII y XIV.
22. O'FAOLAIN, Sean. *The Short story*, Cork, The Mercier Press, 1972.
23. *República de las Letras*, p. 73.
24. P.79.
25. En *Cuentos de Verdad*, pp. 13 a 10.
26. Vid., entre otras muchas publicaciones sobre el tema, *Qué es el cuento*. Buenos Aires. Ed. Columba, 1968.
27. BRANDENBERGER. E. *Estudios sobre el cuento español contemporáneo*, Madrid. Editora Nacional, 1973.
28. GÓMEZ DE LA SERNA, G. *Ensayos sobre literatura social*. Madrid. Guadarrama. 1971.
29. *República de las Letras*. p. 57.